

una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre...*» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil («*Cierto día, al pasar por Meudon...*»), miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta («*una joven polaca...*»), arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sujetó con la cinta cual si temiese que alguien la viese desde abajo las piernas («*me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...*») y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio, reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

SGANARELLE

POR

TEODORO DE BANVILLE

En aquella boda de honrados burgueses, fabricantes de flores para la exportación y de papeles pintados, Bixión, cuyos dibujos comenzaba á rechazar por demasiado flojos *Le Charivari* y que desde ocho días antes no había devorado ninguna presa, sentíase con ganas de guasa; por eso acogió con el más perfecto agrado la pregunta del señor Lestibondois, el comerciante en seda cruda.— ¡De modo—dijo—que es una verdadera consulta lo que V. me pide!

—Sí—contestó Lestibondois;—para un amigo mío.

— Comprendo — replicó Bixión. — Quiere V. saber si una persona formal puede ser sin ridiculez lo que Molière, que no disfraza las palabras, denomina...

— Justo y cabal — dijo Lestibondois.

— Dios mío — prosiguió con abandono el artista — en general, vale más no serlo; y hay un medio muy sencillo. Basta con elegir una buena mujer, sencillota, robusta, en la cual no predomine el sistema nervioso, educada en el seno de la familia, apta para tener un hijo cada año... y pagar el débito, cumpliendo como buen marido.

— Pero — objetó lastimeramente el mercader — ¿y si se ha escogido de otro modo y hay que conservarla tal como es?...

— Vamos — dijo Bixión — veo que V. quiere que vayamos al asunto, y no es hombre á quien se le puede satisfacer con subterfugios. Pues entremos en el riñón de la cosa; conocí á un

marido que encontró el medio de aguantar sin hacer reír á nadie... eso de que tratamos. El marqués de Esternay...

— ¡Ah! — exclamó Lestibondois. — ¡Era marqués!

— Y lo es todavía — continuó Bixión. — Pero desde la Revolución todos somos iguales. El marqués de Esternay, guapo como todos los de su raza, había sido teniente de cazadores de Africa, antes de casarse. En el regimiento era célebre por sus temeridades heroicas á lo Orlando; un día se arrojó él solo contra un grupo de árabes, y quedó en el campo de batalla por muerto, herido de dos balazos y con la cabeza abierta de una cuchillada. Sin embargo, había salido con bien; y era un buen mozo, esbelto, bien formado, de alta estatura y daba gusto verle con su rostro atezado, de facciones atrevidas y profundos ojos azules; los cabellos cortos, espesos y rígidos, á

la vez que su ligera barba negra, le daban el más varonil carácter. Y siendo así el marqués de Esternay, y además con un capital de dos millones de francos, amén de las esperanzas, se casó sin dote y por amor con la señorita Marcela Jacquelin, hija de un empleado de correos, y cuyo equipo de novia no valía cien escudos. Era lindísima, pero no sabía conllevar ni hacer valer su belleza á lo Watteau, y de la cual no tenía la clave. ¡Añádase á esto que Esternay no tiene ningún talento de adorno! Hábil como un maestro en equitación y esgrima, y sabio como un benedictino en toda clase de ciencias y de artes, pero sencillo como un cuchillero de Manchester, es además de esto ingenioso como si lo tuviera por oficio; con la mayor facilidad puede quitar el pellejo á su interlocutor, á la manera que Apolo desolló, al sátiro Marsias; pero este genio cómico nunca lo emplea sino en defensa de

esos mártires que hay en toda sociedad, y á expensas de los cuales demuestran ingenio á poca costa los bravucones (que los hay en todo, ¡hasta en la conversación!). Además, es idealmente bueno sin debilidades, conocedor en materia de muebles y cuadros, se viste con el gusto más exquisito, y sin quitarse los guantes puede liar un pitillo que no haya más que pedir.

—Y á pesar de todo eso—murmuró Lestibondois—su mujer le ha puesto los...

—Con un pianista—dijo Bixión.—y á los seis meses de casado. Ese pianista, que se pasa por las melenas una mano imitación de la de Listz y lleva chalecos de alamares, componía romanzas sin palabras y con palabras, á las cuales pocas mujeres se han resistido. Todo París supo bien pronto sus relaciones con la marquesa de Esternay, y no hubo persona que las igno-

rase. Tan sólo Esternay se obstinó en no conocer esas relaciones ni al pianista, del cual hizo tanto caso como de una mosca que se paseara por una cortina de encaje. Acaso haya ocultado dentro de su corazón y de su cerebro dramas terribles, porque adoraba á su mujer; pero nadie los ha sabido, porque el marqués piensa que el gemir no sirve para nada, y es de los que ponen en práctica la noble divisa de «¡Ayúdate!» Solamente tuvo en la misma época tres duelos consecutivos, en los cuales hirió de gravedad á sus tres adversarios; pero (aquí es preciso admirar su elegancia), no había buscado ninguno de sus desafíos, sino que los aceptó en condiciones tales que todo hombre galante hubiera hecho lo mismo que él. Una vez, su tío materno, el anciano general Ars, había sido insultado en un periódico; otra vez, un fatuo habló más que ligeramente delante de él de la mujer de su mejor

amigo, el capitán Cardonne, que navegaba á la sazón por los mares de la India; y, en fin, Esternay se había batido por tercera vez, estando de viaje, con un ruso que sin saber que él había sido militar, pronunció á su presencia en la mesa de un hotel, las frases más insultantes para el ejército. Esta casualidad tan pertinaz le pintará á V. de cuerpo entero quién es nuestro hombre, el cual no busca dramas, pero es lo suficiente discreto para no desaprovechar nunca las ocasiones de hacer las cosas que le conviene hacer. Jamás incurrió en la ridiculez de ponerse en campaña con premeditación para detener los caballos desbocados, á la hora de los elegantes, en la avenida de los Campos Eliseos; ó para hacer competencia á los salvadores de naufragos, sacando del agua á los cajereros infieles que se arrojan al río por la noche desde el puente de Nuestra Señora, para ahogarse. Pero con segu-

ridad que durante su última estancia en Turaine no fué culpa suya si el incendio devoró la granja dependiente de su castillo (¡como que no había él prendido fuego!); y si, triunfando allí donde los intrépidos bomberos habían tenido que retirarse tres veces, pudo entre el humo y sobre las vigas hechas brasa, salvar unos tras otro á la mujer del hortelano y á sus cuatro pequeñines y al mismo hortelano, á quienes bajó en hombros por una cuerda de nudos, sublime, espantoso, alegre, con el rostro y los cabellos quemados, con admiración de los enloquecidos lugareños que al ver su fuerza indomable reconocían en él su señor. Por más que se empeñe uno en ser modesto, en esta época de periódicos noticieros, no pudo impedir Esternay que la anécdota llegase á París, donde á su regreso la conocía todo el mundo. El pianista comprendió que estaba perdido si no conseguía tener un duelo con un hom-

bre que legítimamente habíase creado tal reputación de valentía. Así pues, lo encontró Esternay sin cesar siguiéndole los pasos, pero jamás consintió en verlo; y hasta ni siquiera permitió que sus labios se sonrieran lo más mínimo cuando el pianista, que había caído en el último grado de humillación, fué despedido vergonzosamente por su querida.

—Ciertamente—dijo Lestibondois—que la valentía...

—No es más que un aspecto de la cuestión—interrumpió Bixion.—Pero Esternay tenía demasiado tacto para descuidar el otro aspecto. Hasta entonces, como hombre de interior que prefería á todo, su casa y sus libros, había vivido muy retirado. Pero echado de su hogar por el canto de reclamo de su mujer, comenzó á presentarse en sociedad y en la Opera; el encanto de su belleza y de su incomparable elegancia, no tardó en meter ruido en

Landerneau. Había entonces allí una de esas crueles, mil veces descritas por los noveladores, que inspiran amor sin sentirlo ellas, y se gozan en la desesperación de sus víctimas, y no tienen más gusto que hacer derramar mucha sangre y muchas lágrimas. Si en lugar de ser una princesa con minas de plata y de platino, hermosa como un ensueño, con su gracia salvaje é infantil y con la majestad de una reina, hubiera sido aquella húngara (llamada Sarolta-Batsanyi), una parisiense tasada en cien mil francos, hubiera podido tomar por divisa las palabras que el caricaturista Gavarni pone en boca de uno de sus diablejos con faldas: *¡Es igual; el que me vuelva melancólica podrá gloriarse de ser un famoso conejo!* Pues por lo que ha podido saberse, nadie fué nunca lo suficiente favorecido para tocarla la puntita del guante.

Pero experimentó una pasión furi-

bunda por Esternay — se lo dijo así á éste, y quiso entregarse á él violenta y brutalmente, á todo escape. Un teniente de cazadores de Africa no tiene derecho á hacerse el casto José; pero al cabo de unas breves relaciones, durante las cuales la princesa conoció el paraíso (según refiere ella misma con todo descaro), recobró él su libertad. Y desde ese día la hermosa Sarolta, vencida, idiota, embrutecida por el amor, sigue desde lejos á Esternay como una perra; se viste con los colores de la librea de él, y le mira como un pobre de solemnidad contempla las monedas de oro en el escaparate de los cambistas. Ya sabe V. lo que son las epidemias en París. Todas las jóvenes empezaron á volverse locas por Esternay, y recibió más cartas amorosas que un tenor ó un gimnasta de circo. Pero lo que más le chocará á V. es que el contagio alcanzó á la marquesa de Esternay. Se ha prendado de

su marido, viéndosela quedar pálida, quebrantada, con los ojos hundidos, próxima á morir; y se hubiese muerto, si el marqués no se la hubiera llevado, cual una apetecida presa, al lindo palacio que en secreto había hecho edificar para ella en la calle de Assas. La primera vez que se encontró sola con él en la alcoba, tapizada de canutillo blanco, quizá temió la primera frase que la diría su marido; pero éste, dándole en los cerrados ojos un largo beso ardiente y lleno de gozo, no la dijo más que estas palabras: « ¡Siempre te he amado! » Por el ejemplo del marqués de Esternay, ya ve V., caballero, que sin excesiva ridiculez puede un marido ser un...

—Sí, lo que dice Molière—interrumpió Lestibondois. — ¡Mas para eso requiérense ciertas condiciones especiales!

—Y si no se pueden reunir—dijo sentenciosamente Bixion — quizá lo

más cuerdo es quedarse muy tranquilo y desarrollar bien los músculos *biceps* para demostrar á los vecinos que se puede ayudar á un carretero á contener su carreta cargada de piedras de sillería.

—Sí, también queda ese recurso—suspiró el comerciante en seda cruda, echando una mirada furtiva y melancólica á su brazo, más delgado que un alambre.